

Sr. Ocampo se quitó el zarape y lo ofreció al mendigo que asombrado le dijo:

—No señor, el zarape hace falta á su merced.

—Recíbelo, yo voy á llegar á la hacienda y no lo necesito.

—Pero dirán que me lo he robado, señor.

—Dí que yo te lo regalé.

El Sr. Ocampo sabia en efecto que al escuchar su nombre, nadie podría dudar de la verdad del regalo.

El filósofo llegó á su hacienda, enteramente mojado, porque no quiso reservarse ni siquiera la mitad del abrigo.

*

Se cuenta que una tarde venia por el camino de México, montado en mal caballo un viajero que revelaba estar sumido en la miseria. Ocampo que estaba parado en la puerta de su habitacion, conoció por el aspecto de aquel hombre, que era una persona de educacion distinguida, víctima de los azares de la fortuna.

—Caballero, le dijo al pasar, trae usted un caballo de raza pura que yo desearia poseer á cualquier precio.

El hombre aquel le miró, como quien desea saber si es el objeto de alguna burla.

—Hablo seriamente, continuó diciendo. Me llamo Ocampo, y si usted me conoce sabrá que poseo conocimientos en todos los ramos de la ciencia rural. Si usted gusta, escogerá un caballo de los míos y aceptará algo en dinero como ribete.

Ya que el viajero se persuadiera de que efectivamente su caballo era un árabe ó un andaluz de sangre pura, ya que adivinase la manera fina con que Ocampo acudía á auxiliarlo, aceptó el trato y prosiguió su marcha.

*

Los que hayan estado en alguna de las haciendas, en que se cultivan los cereales, habrán visto la animada concurrencia y los alegres trabajos, cuando se hacen las trillas del trigo.

El Sr. Ocampo sabia imprimir á estas épocas del año agrícola todo el carácter de una fiesta campestre. Ya sabian los peones que

1020002247

el sudor de su rostro no corría solo para el *amo*, sino que multitud de familias pobres participaban de la cosecha. De aquí, la bulliciosa y franca alegría que se notaba en Pomoca desde la siega hasta el entrojamiento de las semillas.

Sucedió una ocasion, que en medio del ruido de las conversaciones que tenían varios grupos de personas que rodeaban la era de la hacienda, el oído finísimo del Sr. Ocampo, escuchó un diálogo entre dos rancheros pobres de las inmediaciones. Uno de ellos hacia tiempo que padecia una enfermedad crónica que le habia reducido á la miseria, despues de agotar inútilmente para su curacion unos cortos bienes que poseía. Su compañero le hablaba de sus males.

—¿Por qué no vas á México á curarte? le preguntaba.

—No tengo recursos: he vendido mis vacas y mis bueyes; no tengo nada, y la curacion, con los demás gastos de permanencia en México, me han dicho que no podrá bajar de seis-cientos ú ochocientos pesos. ¡Ojalá que los hacendados del valle me ocuparan en llevar el trigo á la capital: ganaria algo y aprovecharia la ocasion de consultar á algun médico.

El Sr. Ocampo esperó que se retirara la gente, y al ir á verificarlo tambien el enfermo, le llamó aparte y le dijo que habia escuchado

su conversacion, y que no necesitando por de pronto el trigo que estaba trillando, podia disponer de él, é ir á México á curarse. El enfermo rehusó; pero al dia siguiente vió entrar á su casa unas mulas cargadas y recibió de parte del Sr. Ocampo un recado, suplicándole que aceptase el trigo, como un auxilio para atender á su curación.

El enfermo marchó á la capital de la República y volvió algun tiempo despues enteramente sano. Dedicóse asiduamente al trabajo, y su protector tuvo el gusto de saber que habia prosperado en las labores del campo y que disfrutaba de un cómodo bienestar.

Se nos ha referido que en el año de 1853 apareció un lobo rabioso en los alrededores del pueblo de Tungareo de la municipalidad de Maravatío. Causó muchos extragos entre los peones de las haciendas inmediatas, hasta que los de Apeo lograron darle muerte. El Ayuntamiento pidió entonces al gobierno que

le proporcionase alguna suma de dinero para curar á las personas mordidas por el lobo, solicitud que le fué denegada. Entónces, el Sr. Ocampo en Pomoca, y Don Mateo Echaiz en Apeo, recojieron á los heridos y los estuvieron atendiendo á sus expensas. Ocampo encayó en esa vez la eficacia de la *trompetilla*, flor silvestre, cuyas virtudes medicinales fueron descubiertas merced á los estudios y conocimientos del sabio naturalista.

No omitirémos en estos detalles de su vida un hecho sencílllo, pero que demuestra con cuanta solicitud procuraba cumplir sus deberes de gobernante.

En la primera época de su gobierno, los vecinos de Puruándiro estaban divididos por una de esas discordias que tan frecuentes y tan funestas son por desgracia entre los pueblos pequeños. Varias disposiciones se habían dictado para poner término al conflicto; pero todas habían sido inútiles.

El Sr. Ocampo hablaba con su secretario Don Juan Ceballos y discurrían ambos los medios de establecer la paz en Puruándiro.

—El único medio es que yo vaya á reconciliarlos, dijo el Sr. Ocampo. Ceballos aceptó la idea y se despidió para retirarse á su casa. Al día siguiente, al entrar al despacho, supo que el gobernador había salido de la ciudad, acompañado de un solo mozo. Llamó en el acto á algunos amigos, y participándoles lo que había sucedido, les suplicó fuesen á reunirse con Ocampo y le llevasen una escolta.

Cuando la comitiva llegó á Puruándiro, hallaron á la poblacion entregada á las espansiones del regocijo y por todas partes se notaban la animacion y la alegría de una fiesta cordial. La palabra del Sr. Ocampo había hecho ese prodigio, y él era aclamado por todo un pueblo agradecido.

Juntamente con estos rasgos de bondad, se citan del Sr. Ocampo algunas frases llenas de ironía con que solia contestar á sus enemigos políticos ó zaherir á los politicastros. Transcribirémos una sola anecdota para no hacer muy difusa esta parte de la biografía.

Al aproximarse las elecciones en 1851, el partido conservador se aprestó al combate y luchó con ardimiento, si bien usando siempre las armas de la calumnia y la hipocresía.

Segun tenemos referido, el Sr. Ocampo era

de nuevo candidato al Gobierno de Michoacan por el partido republicano. Esa candidatura fué la que mas combatieron los periódicos clericales: el *Universal* en México y el *Sentido Comun* en Morelia. Como uno de los mas poderosos argumentos para contrariarla, alegaban que el candidato no era Michoacano de nacimiento. Bien sabian aquellos escritores que el Sr. Ocampo habia nacido accidentalmente en México, porque á ese efecto habia ido á la capital, la *michoacana* que le dió el ser.

Aquellos periódicos no se cansaban de repetir: "Ocampo no es Michoacano, puesto que nació en México".

Un dia en que enseñaban al Sr. Ocampo un ejemplar del *Sentido Comun*, dijo:

—Si yo hubiera nacido en una caballeriza, esos señores me declararían caballo:

Así se deslizaba la existencia del filósofo, mientras que la nacion era víctima de la tira-

nia que desplegó entónces el dictador. Aquella vida dulce y tranquila fué interrumpida repentinamente con una orden de destierro que obligaba á Ocampo á salir dentro de pocos dias para el extranjero. Ot as órdenes hacían marchar lejos de sus hogares á Degollado, González Urueña, García Anaya, Gabino Ortiz y otros patriotas michoacanos.

Con Ocampo desplegó el tirano el lujo de su ferocidad. Una escolta le llevó primero á Tulancingo y despues le condujo á Veracruz. Los horribles calabozos de San Juan de Ulúa le abrieron sus puertas, mientras venia algun buque que le condujera á las playas de los Estados-Unidos.

Amargos fuéron para el Sr. Ocampo los dias del destierro. Falto de recursos, se consagró en la Bahía de San Luis y en la ciudad de Bronswille al oficio de alfarero, con cuyos productos pudo atender á sus gastos. Una de sus hijas, la esposa del Sr. Mata, le acompañó durante el tiempo de la expatriacion.

El odio del bando conservador contra Ocampo no se contentó con verle abatido y pobre en el destierro. Trató el gobierno usurpador de confiscarle su hacienda, y con este motivo el Sr. Lic. Francisco Benites le escribió á la Bahía de San Luis, pidiéndole instrucciones para salvar sus intereses. Ya se ha visto que Ocampo no tenia el menor apego al dinero.

así es que contestó á Benites una larga carta, hablándole de su familia, del colegio de San Nicolas, de los recuerdos de la patria, y en unas cuantas líneas se refirió á sus bienes, diciendo: que no se preocupaba de ellos, porque habia nacido desnudo y desnudo bajaria al sepulcro.

La gratitud acudió, sin embargo á llevar una ofrenda al desterrado. Aquel pobre labrador que pudo ir á México y curarse de sus enfermedades, merced á la flandrónica donación del trigo, hecha por el Sr. Ocampo, le envió á Brownsville trescientos pesos y, conociendo el carácter del ilustre proscrito, le escribió una carta, suplicándole que aceptase aquella cantidad, como un préstamo que satisfaría inmediatamente despues de su regreso. ¡Accion notable que indicaba á la vez el deseo de servir á un protector y de no herir sus sentimientos! Aquella cantidad no era ni la mitad del precio del trigo, y no podia considerarse, en consecuencia, como una retribucion.

Entretanto, la bandera de la gloriosa revolución de Ayutla se paseaba triunfante por el territorio de la República; el pueblo mexicano se habia levantado como un solo hombre contra el gobierno de Santa-Anna. De nada sirvieron á este ni el apoyo decidido del clero ni el poder de su ejército de sesenta mil hom-

bres. Aterrorizado ante la tempestad que se le venia encima, huyó otra vez á disfrutar en Tubarco los placeres que podian proporcionarle los inmensos tesoros que habia sacado del país.

En medio de la inmensa alegría con que el pueblo saludó la bandera triunfante de Ayutla la patria abria contenta sus puertas á los desterrados. El Sr. Ocampo llegó á la capital, á donde fueron á felicitarle por su regreso muchos de sus amigos de Michoacan. Para cada uno de ellos traia algun pequeño obsequio, un recuerdo del cariño que les profesaba y que conservó vivo en el extranjero. Entre los que se apresuraron á verle estaba el Sr. D. Cayetano Gómez, á quien trajo un magnifico mosaico que tenia incrustado un cordero pascual. El Sr. Ocampo halagaba así las creencias de su generoso y leal amigo.

Tampoco se le olvidó entonces su ejército de *nicolaitas*. Usaban estos en el hojal de la levita, segun el reglamento del colegio, el escudo de armas del Illmo. D. Vasco de Quiroga fundador de aquel establecimiento, grabado en una cinta de seda, en diversos colores, segun la cátedra que cursaban. El Sr. Ocampo les envió una multitud de escudos impresos en elegantes listones, mandados hacer por él expreso para sus cazadores. Pequeño obsequio en verdad; pero que prueba

cómo ocupaba siempre el pensamiento del filósofo la juventud estudiosa de su colegio.

D. Juan Alvarez, ese Guillermo Tell de nuestras montañas del Sur, caudillo de la revolución de Ayutla, llegó á Cuernavaca, en su marcha triunfal para México: allí, investido del poder supremo de la nación, nombró el gabinete, encargando su presidencia y la cartera de relaciones al ciudadano Melchor Ocampo, espresion neta de las aspiraciones de aquella revolución regeneradora. La secretaría de guerra se encomendó al general D. Ignacio Comonfort, el hombre más popular entonces, por haber sido el más afortunado en la campaña. Entonces comenzaron á expedirse en aquel lugar las nuevas leyes de Reforma, bajo la inspiracion de Juarez y de Ocampo. Cuernavaca recibió con este motivo el nombre de *Ciudad de las leyes*, nombre no oficial, sino consagrado por la gratitud del pueblo.

Por desgracia, Comonfort era uno de esos políticos de términos medios para quienes no llega nunca la hora de dar un paso decisivo, comprometiendo así con sus vacilaciones la suerte de su país, carácter que era enteramente opuesto al del Sr. Ocampo. Trató este de aprovechar los momentos de la victoria, abriendo por completo el camino de la reforma, *desideratum* del gran partido democrata; pero Comonfort se opuso tenazmente á este paso que le parecia prematuro y arrastró del lado de su opinion á la mayoría del ministerio. Lleno de energía, le dijo Ocampo:

— O usted ó yo estorbamos aquí.

Pero, como el mismo Sr. Ocampo lo decia, Comonfort estaba allí con el prestigio militar, por lo que comprendió aquel la inutilidad de sus esfuerzos, y de nuevo se retiró de la vida pública, espidiendo á la nación un célebre folleto, intitulado, "Mis quince días de ministerio," en que dá cuenta de estos hechos.

Que Ocampo tenia motivos para no hacerse solidario de Comonfort, lo prueba demasiado el funesto golpe de Estado de 1857, que envolvió otra vez á la República en la más sangrienta de sus guerras civiles.

Pero no nos anticipemos á los acontecimientos.

D. Juan Alvarez se habia retirado de la presidencia de la República, contento y sa-

...tisfecho con haber convocado al pueblo, para que eligiese un Congreso Constituyente, conforme á la solemne promesa del plan de Ayutla. Los hombres pensadores del partido liberal, los que deseaban que la reforma tan ansiada fuese un hecho en la República, exigieron entonces que los candidatos para la presidencia diesen su programa administrativo y esos mismos hombres postulaban para tan alto encargo, unos al C. Melchor Ocampo, otros al C. Miguel Lerdo de Tejada; pero los dos renunciaron sus candidaturas. Por otra parte, la nacion, deslumbrada por el brillo de las victorias de Comonfort, acuñó á las anforas electorales y depositó allí con entusiasmo el nombre del afortunado candillo, llamándole á que rigiese sus destinos.

A la sombra de este gobierno irresoluto y que ciego, no queria comprender el porvenir de México, el Congreso constituyente trabajó y expidió la carta fundamental de 1857 que ha destruido para siempre en la República el poder omnimodo del clero; porque cualesquiera que sean las emergencias porque pase este país, lo cierto es que el espíritu liberal de esa Constitucion está ya inoculado en el pueblo. Podrá amortiguarlo un falso sentimiento de religion, bajo el pretesto de la libertad encadenada, pero esto mismo prueba que es ya la libertad un hecho consumado.

Ocampo habia sido elejido por muchos distritos para formar parte del Congreso, y este le nombró secretario de la comision que habia de presentarle el proyecto de Constitucion.

Véase, pues, cómo durante la vida de este ciudadano ilustre, su nombre está asociado á las grandes ideas y á los grandes acontecimientos de la patria.

La historia del Congreso constituyente, escrita por el distinguido publicista D. Francisco Zarco, da á conocer la importante participacion que tomó Ocampo en la redaccion y en la discusion de un código político, eminentemente liberal, que ha colocado á México á la altura de las naciones más civilizadas del mundo.

Supo el clero aprovecharse de la debilidad que caracterizaba al gobierno de aquella época y haciéndolo fácil instrumento de sus maquinaciones, logró arrojarlo mañosamente en un camino estraviado y criminal y lo condujo

al cabo á dar el fatal golpe de Estado en fines de 1857; pero Comonfort, asustado de su propia obra y viendo que ella, léjos de servir á los intereses que se propuso, habia entregado la situacion en manos del partido reaccionario neto, mandó poner en libertad al Sr. Juarez, Presidente de la Suprema Corte de Justicia, que habia sido reducido á prision por el gobierno revolucionario. Juarez con la constancia y el patriotismo que eran en él naturales, organizó el gobierno y formó un gabinete liberal, compuesto de los señores Ocampo, Arriaga y Miguel Lerdo.

Muy pronto el partido clerical se adueñó de la mayor parte del territorio, siendo pocos los Estados que, como Michoacan, Guerrero y Veracruz, conservaron una actitud imponente. Todo hacia creer en el triunfo del plan de Tacubaya; mas el gobierno legítimo, fiel á su bandera, en medio de tantas adversidades, era el centro de los liberales y procuraba á todo trance conservar y salvar el depósito que tenia confiado.

Se estableció primero en Guanajuato, y amagada esta capital por el ejército de Osollos, se trasladó á Guadalajara, en donde una traicion puso en inminente riesgo la vida de sus altos miembros. Allí fué donde la elocuencia de Guillermo Prieto y del Sr. Ocampo supo desarmar á los asesinos, hacer caer

de sus manos los fusiles próximos á hacer fuego en el pecho de Juarez. Las palabras llenas de patriotismo y energía que brotaron de los labios de aquellos tribunales arrancaron lágrimas á los ojos de los soldados, que un momento antes brillaban con la expresion siniestra del crimen.

Aquel gobierno errante se dirigió en seguida al Manzanillo y embarcado con rumbo á Panamá, llegó algun tiempo despues á los muros de la heroica Veracruz.

Entónces comenzó para Ocampo la época más gloriosa de su vida. Identificado con hombres como Juarez, Ruiz y Lerdo, ningun obstáculo se presentó ya para llevar á cabo su grande y santa obra de la Reforma.

En aquella época, llena de angustias y vicisitudes, el gobierno legítimo no tenia más apoyo que el de la conciencia de su derecho. Las derrotas y reveses de su tropa se sucedian sin interrupcion en el interior de la República; en el exterior, España, Inglaterra y Francia se mostraban amenazantes y ya desde entonces podia preverse una coalicion de esas potencias para intervenir en los asuntos de México. A este fin se dirigian los trabajos ocultos de los reaccionarios que, si bien juzgaban que el gobierno liberal estaba impotente no menos reconocian con toda claridad que la reaccion adolecia de una mayor impoten-

cia y no contaba absolutamente con la opinión pública. El tratado Mon-Almonte, llevado á cabo por el gobierno intruso, vino á justificar estos temores.

En medio de estas circunstancias, y cuando los hombres del partido liberal deberían haber mostrado mas fe y decision por su causa, hubo un momento en que ambas cosas faltaron á los gobernantes de Veracruz, y se firmó el tratado *Mac Lane* que, á parte de ser indecoroso para la dignidad del gobierno, podía comprometer seriamente los intereses nacionales.

La prensa liberal se desató en injurias contra los que habian intervenido en ese documento diplomático; pero contra quien mas encarnizadamente se manifestó fué contra el ministro Ocampo, suponiéndolo autor del tratado. Aquel hombre justificado é intachable era el blanco de sus ataques. La envidia nunca habia podido empañar su limpia reputacion, y esa vez, el desprecio y el odio del partido retrógrado creyeron llegada la hora de arrojar una mancha sobre la vida pública de aquel democrata puro.

La historia, sin embargo, ha venido á poner los hechos en su verdadero punto de vista. Juárez y Ocampo no prestaron su consentimiento á ese tratado, sino considerándolo como una exigencia de su partido y como el solo medio de oponer á las intenciones de la

Inglaterra, Francia y España el poder y el prestigio de una gran nacion, como los Estados Unidos. Era la respuesta al tratado Mon-Almonte, si bien este ponía la dignidad nacional á los piés de reyes extranjeros, mientras que el otro no buscaba mas que una alianza de una nacion amiga, regida por iguales instituciones á las nuestras.

Todos estos datos, que son oficiales, pueden leerse en la *historia de Jalapa y de las revoluciones de Veracruz*. Allí constan tambien el empeño de Ocampo en retardar la conclusion definitiva de ese convenio, los sinsabores que le causara y la enemistad que su resistencia le ocasionó con uno de los hombres mas distinguidos del partido liberal, enemistad que le hizo renunciar el ministerio y permanecer durante un corto tiempo en la nacion vecina, hasta que las repetidas instancias del Sr. Juárez y la seguridad de que el tratado *Mac Lane* seria reprobado por el Senado americano, como efectivamente sucedió, le hicieron volver á encargarse de nuevo del despacho de la secretaria de relaciones.

Durante aquellas difíciles circunstancias, estuvo el Sr. Juárez como siempre, dando pruebas de su patriotismo, y de su amor á las instituciones. — Inflexible en el cumplimiento de las leyes de Reforma, expidió circulares previniendo á los gobernadores de los Estados

que recojiesen todas las fincas rústicas y arbanas que hubieran sido devueltas al clero por los adjudicatarios y las mantuviesen a disposicion del gobierno y declarando insubsistentes y nulos los contratos de esos mismos bienes hechos por las comunidades en favor de algunos particulares.

Firme en sus principios, se opuso á la transaccion solicitada por el general Echeagaray, quien despues de haber tomado participacion en el plan de Tacubaya, desconoció al gobierno emanado de aquel motin y pretendia al mismo tiempo que la Constitucion fuese reformada, á fin de que el gobierno de Veracruz pudiese ser reconocido por la division de su mando. El Sr. Ocampo rehusó la cooperacion de aquel cuerpo de ejército y prefirió afrontar una situacion cada vez más angustiada. Tratándose de su conducta politica acostumbrada decir: *yo me quiebro, pero no me doblo.*

No por estar consagrado de toda preferencia á los asuntos de la guerra olvidaba los demás ramos que le estaban encomendados. Comprendió que uno de los más poderosos medios para el bienestar de México es la colonizacion extranjera, como elemento indispensable de paz y de prosperidad. A este fin contrató con una compañía el transporte á México de 400,000 alemanes, contrato que si no

tuvo efecto, fué porque no insistieron en llevarlo á cabo sus sucesores en el ministerio.

En cuanto á él no omitia medio alguno para robustecer al país por el aumento de poblacion.

En esos dias llamaron mucho la atencion pública sus comunicaciones al gobierno de Yucatan, prohibiéndole en términos enérgicos y con una filosófica explicacion de los principios humanitarios, la horrible trata de esclavos que de los prisioneros indios se ha hecho en la península, no sólo por los hombres del gobierno conservador, sino tambien, por uno de los gobernantes liberales de aquel país. Ante semejante atentado contra la civilizacion y los derechos inalienables del hombre, el Sr. Ocampo, lleno de indignacion, llegó á amenazar al gobierno de Yucatan manifestándole que, supuesta la debilidad del gobierno nacional, se pediria el auxilio de la Inglaterra, la nacion que más se ha distinguido por su ódio contra la trata de negros, para que facilitase un crucero á fin de poner término á aquel infame crimen cometido contra las leyes de la humanidad, en la garantia de las cuales, deben estar interesadas todas las naciones que sepan apreciarse á sí mismas.

La actitud severa y digna del Sr. Ocampo bastó para que el gobierno de Yucatan acatase los fueros de la justicia, cesando el

horrible comercio de los desgraciados indígenas.

Pero lo que más preocupaba la atención del hombre de Estado; donde estaba concentrado todo su afán, era en el desarrollo del código de la Reforma. En medio del estallido de la guerra y cuando más fuerte rugía el cañón reaccionario, el gobierno de Veracruz, el gobierno legítimo, hacía sentir el poder de su influencia moral con la expedición de una nueva ley de Reforma, una hoja de papel que iba á debilitar la fuerza del partido usurpador, al día siguiente en que sus armas habían obtenido alguna espléndida victoria sobre los batallones liberales.

Márquez, Miramón, Robles Pezuela, Zuloaga, paseándose gloriosos y vencedores por toda la República, seguidos de un numeroso y brillante ejército, ¿qué eran, qué valían ante el creador talento de Ocampo?

Las leyes de Reforma, minando el poder del clero, á la vez que alentando las esperanzas del pueblo, destruyeron aquel poder efímero, cuya estrella de tres años se eclipsó para siempre en la batalla de Calpulápan.

Juarez, el hombre extraordinario que llena con su nombre tantas páginas brillantes de nuestra historia, quiso que Ocampo fuese el primero en ocupar la capital de la República, y le envió á ella investido de facultades ex-

traordinarias en todos los ramos, nombrándole ministro universal. Acto de oportuna justicia, porque en aquella guerra se habían conquistado los principios de la Reforma, y á Ocampo correspondía en cierto modo recibir, el primero las ovaciones del pueblo agradecido.

A él tocó, pues, en suerte promulgar en México aquellas famosas leyes que fueron recibidas con el entusiasmo de un regocijo sin límites.

Los actos más notables de su ministerio fueron la ejecución en la capital de esas mismas leyes; el decreto, haciendo responsable al clero de las pérdidas y desgracias de aquellas guerras civiles; el destierro de los obispos y la expulsión de los ministros extranjeros que se habían inodado en la política interior, favoreciendo al gobierno reaccionario, medida enérgica y severa que demuestra cuánto sabía apreciar la dignidad de su país.

Ocampo que creyó haber concluido su misión de hombre público, puso su renuncia de ministro; y aunque se le instó repetidas veces para que admitiera la dirección del Monte de Piedad ó la Dirección de la Escuela de Agricultura, empleos que parecían adecuados á su

carácter filantrópico; todo lo rehusó, retirándose por última vez á los deliciosos campos de su hacienda de Pomocan.

Cuenta la historia que Licurgo, despues de haber dado á Esparta una sábia legislacion que hizo la gloria de aquel pueblo, llamó á los ciudadanos, y haciéndoles jurar que observarían estas leyes hasta su regreso, se ausentó de su patria y no volvió jamás.

¡Oh! si nosotros pudiésemos tener el velo de la ausencia sobre los últimos días de Ocampo, la pluma no se caería indigna de nuestras manos ni rebosaría en nuestro corazon la sed de la justicia no satisfecha! ¡Aún viven los instigadores del crimen, existen todavía impunes algunos de los principales verdugos del mártir!

Al lado del cadáver ensangrentado, la historia ha puesto las antorchas luminosas de la verdad. Al esplendor de esos cirios se ve un cuerpo acribillado por las balas y en el cuello de la víctima la huella amoratada de una cuerda.

Un oscuro tribunal, reunido de noche bajo

las bóvedas de un templo, decretó la muerte del reformador. Las bandas de Marquez y de Zuloaga que mantenían en las montañas los horrores de la guerra civil, esperando el día en que la traicion arrojase á nuestras playas los ejércitos extranjeros, cuyo auxilio entonces se mendigaba en Europa, fueron los verdugos nombrados para consumir el frio y largo tiempo meditado crimen.

La vida agitada del filósofo que durante algunos años le habia tenido separado de sus negocios, sus gastos precisos y sus constantes obsequios á los pobres, como sus continuadas donaciones á la instrucción pública, todo habia disminuido sensiblemente su capital; y realizadas ya sus aspiraciones políticas, pensó en consagrarse de nuevo al trabajo del campo y restablecer su fortuna para formar el porvenir material de sus hijos.

No obstante que habia hecho pública su resolución de abandonar para siempre la política, el pueblo que no podia olvidar sus servicios ni acostumbrarse á que no figurara su nombre entre los de los que desempeñaban los altos puestos del gobierno, le eligió representante suyo en el Congreso general. El distrito de Uruápan quiso honrarse con esa eleccion, nombrando á la vez como suplente al C. Lic. Justo Mendoza, como su más digno sustituto, si se llevaba á cabo la

voluntad de Ocampo de retirarse á su hacienda.

Otra vez las fértiles campiñas de Pomoca sintieron reanimar ante la mirada de aquel génio que así sabia conducir el arado por las sementeras, y sorprender, como lo hizo, el misterio de la fecundacion vegetal para enriquecer la flora descubriendo, más bien dicho, creando una flor nueva, una variedad del rosal que lleva el anagrama de su nombre; como roturar una tierra virgen en el campo de la política para que brotasen ideas generadoras.

Esta última vez de su retiro á Pomoca estableció allí una escuela que él mismo dirigía y á la que concurrían niños y adultos de las inmediaciones, consagrando el Sr. Ocampo especial paciencia y empeño en la instruccion de aquellos de sus discípulos, pertenecientes á la raza indígena.

Lejos del bullicio del mundo, Ocampo se formaba una vida aparte con sus libros, con las flores de su jardin, con los árboles de su parque, con las llanuras de sus trigales, sobre los cuales una brisa perfumada hacia ondular olas caprichosas y juguetonas. Un cielo sin nubes dejaba entrever horas de felicidad y de calma.

Pero las horas de felicidad y de calma pasan fugitivas por el cielo de nuestra vida, co-

mo brillantes meteoros que apenas nos dejan vislumbrar su huella luminosa.

*
*
*

Aún quiso el Gobierno del Sr. Juárez utilizar la sabiduria y el patriotismo del Señor Ocampo.

Conociase ya en las regiones del poder la tenebrosa trama que urdian en Europa los obispos mexicanos, que no vacilaban en sacrificar la independencia de su patria, con tal de no perder sus bienes ni sus fueros.

Juárez quiso contrarrestar la influencia de la Francia, con la de Inglaterra, á fin de que no se formalizase la convencion tripartita compuesta de ambas naciones y de España con el objeto de intervenir en los asuntos interiores de México, y mucho más con el de impedir los planes de Napoleón III de crear en México una monarquía con un príncipe extranjero á la cabeza. El Señor Juárez designó á Ocampo para Ministro nuestro en el reino de la Gran Bretaña.

Acertadísima era la elección. La supo el clero y se apresuró á obrar.

Una mañana; eran los últimos días de Mayo de 1861, la hacienda de Pomoza se vió rodeada de soldados: un oficial español, seguido de un pelotón de aquellos se introdujo á la sala y se apoderó de D. Eutimio López, creyendo haber aprehendido al dueño de la finca. La tropa iba á retirarse, conduciendo á su prisionero, cuando salió Ocampo que se hallaba en las piezas interiores y que habia sabido la presencia de los reaccionarios y la prisión de su amigo, cuyo silencio tenia por objeto salvar al filósofo, bien persuadido de que su muerte estaba decretada.

—¿A quién buscan ustedes? preguntó D. Melchor lleno de tranquilidad.

—A Ocampo, respondió Lindoro Cajigas, comandante de la fuerza.

—Yo soy Ocampo, llévenme ustedes y dejen libre al señor, que está aquí de visita.

Cajigas ha de haber agradecido, no comprendiéndolo, este acto de heroísmo y de bondad, y sin permitir que su víctima tomase algunas monedas, un abrigo, ni siquiera un sombrero, dió la orden de marcha.

En la noche llegó la fuerza aprehensora á Maravatio. Aquel pueblo que siempre se ha hecho notar por sus simpatías al partido conservador, pero que amaba á Ocampo y respetaba sus virtudes, triste y lloroso, no omitió ofrecimiento ni sacrificio alguno para librarlo para consolar al ménos al ilustre prisionero.

El Sr. D. Antonio Balbuena, arrojando los ultrajes de la soldadesca, intentó dar á Ocampo los recursos que necesitaba, lo que no le fué concedido.

Los jóvenes Urquiza proyectaron horadar la prisión y sacarlo en el silencio de la noche; pero desistieron de su intento, porque el preso tenia dos centinelas de vista con la orden terminante de matarlo, al menor movimiento que sintiesen. La ejecución del crimen y los medios de consumarlo estaban maduramente previstos ó inevitablemente asegurados.

Al día siguiente, la tropa emprendió su camino para Tepeji del Rio. Los vecinos de Maravatio pensaron armarse y arrebatarse al señor Ocampo de las manos de sus verdugos; pero

los retrajo el temor de comprometerlo más bien que abrigar la esperanza de salvarlo.

Ocampo llegó á Tepeji del Rio, y allí durmió tranquilamente. Se cuenta que Márquez en persona fué á despertarlo y le ofreció un confesor.

—No lo acostumbro, respondió el preso sin dignarse fijar su mirada en aquel corifeo de la Reacción que cuenta tantos crímenes en su dilatada carrera.

Amaneció el 3 de Junio de 1861. Una escolta se presentó en la prisión.

—¿Ya es hora? preguntó Ocampo sin que en su fisonomía se notase la menor alteración. Se arregló su abundante cabello y pidió recado de escribir.

Los soldados estaban admirados de tanto valor. Jamás habían visto serenidad como la de aquel hombre.

Escribió su testamento que publicamos después de este bosquejo. Escrito con mano segura ese documento, revela la calma con que fué meditado; hay en él un párrafo que solo su familia pudo comprender, él relativo á encontrarse oculto entre la mampara de la sala y la recámara el testamento de Doña Ana María Escobar; pues que siendo este un papel sin importancia, ninguna para otros que no fuesen de la familia de Ocampo, supo así revelar á sus herederos el sitio donde tenía guar-

dadas algunas alhajas de valor. Hay también en el testamento algunas palabras, ininteligibles entonces, pero que después sirvieron para asegurar á un hijo póstumo el porvenir y el legado de un hombre ilustre. Este hijo se llama Melchor; nació seis ó siete meses después del asesinato del Sr. Ocampo, hizo sus estudios en el Colegio de San Nicolás de Hidalgo y hoy figura con honra en el cuadro administrativo del gobierno de Michoacán. Asegurados los intereses de su familia, con paso firme se dirigió al lugar de la ejecución; allí pidió de nuevo la pluma y el tintero, y sobre el tronco del árbol en que fué colgado después de su muerte, escribió su último pensamiento, al calce de la memoria testamentaria. Es el legado de su biblioteca al Colegio de San Nicolás.

Después apoyó sus manos en el tronco de aquel árbol, reclinó sobre ellas su cabeza y oró algunos minutos.

Una descarga de fusilería sego aquella vida tan fecunda en bienes para la patria.

Así murió Ocampo que "hizo por la felicidad de su país cuanto en conciencia creyó que era bueno."

El cadáver del mártir, como el de un facineroso, fué suspendido en las ramas del árbol (1), á cuyo pié se verificó la ejecución.

Marquez y Zuloaga, los dos jefes del ejército reaccionario á que pertenecía Lindero Cajiga, se atribuyen mutuamente la responsabilidad del crimen.

Exculpacion inutil. La historia anatematiza tanto á los verdugos que ejecutaron el atentado, como al tribunal que lo decretó.

Ese tribunal funcionó en el oscuro fondo de la Haceduría de una Catedral.

La noticia del horrible asesinato circuló rápidamente en la República.

Las personas venustas de todos los partidos vieron en ese hecho el resultado de una venganza, ejecutada por la faccion clerical contra un hombre pacífico enemigo del derramamiento de sangre, pero sobre quien pesaban el odio de las preocupaciones y el furor de la intolerancia religiosa.

(1) Trozos del tronco de este árbol, se hallan en el Museo Nacional, en donde mas tarde fueron depositados por el Sr. Lic. Manuel Alas

Quando se supo en la capital el infausto suceso, la sociedad entera se sintió sobrecogida de horror contra los asesinos; y el nombre de Ocampo se transmitía de boca en boca, en medio de un silencio profundo, como el de un mártir hendido. El pueblo se aglomeraba á leer en las esquinas un artículo vehemente y tiernamente sentido, escrito por el Sr. Lic. D. Antonio Florentino Mercado, y en grupos amenazadores se dirigia despues á las galerías del Congreso.

Nadie podrá describir la indignacion que la noticia produjo en el ánimo de los diputados. La cólera estalló en todos los bancos y no se oían más que gritos de venganza. Se votó en el acto una ley que señalaba precio á las cabezas de Marquez, Zuloaga, Mejia y Cobos, se expidió un apasionado decreto sobre los plagiarios, en cuyo número fué comprendido los ejecutores del crimen de Tepeji del Rio y se aprobaron otras disposiciones que tendian todas á poner fuera de la ley á los asesinos. El ilustre ciudadano Santos Degollado, preso entonces á disposicion del gran jurado, se presentó á la Cámara y hondamente conmovido pidió y obtuvo el permiso de ir á batir á los verdugos, "para vengar la muerte de su hermano."

Pocos dias despues, el mismo Degollado

caía en manos de los reaccionarios y era horrosamente mutilado.

El cadáver de Ocampo, fué conducido á México; estuvo primero en el hospital de Terceros y fué puesto luego á la espectación del público en el Palacio Municipal, en donde una inmensa multitud de personas, permaneció á su lado durante todo el tiempo en que allí quedó depositado; muchos cortaron pequeños pedazos de su traje y fragmentos del pelo, para conservarlos como las reliquias de un padre del pueblo. Allí se hizo la autopsia y se separó el corazón para enviarlo á su familia. Personas veraces que han visto después el corazón, aseguran que se le notaban pequeñas cicatrices, tal vez de las heridas que recibió Ocampo al ser confundido con el Sr. Martínez Caro.

En la tarde del día 6 de Junio, una inmensa comitiva, formada del Presidente, de los magistrados de la Suprema Corte de Justicia, de los diputados que habían cerrado ese día sus sesiones, de los miembros, el Ayuntamiento, los colegios, los empleados y un considerable número de personas de todas clases, acompañó al cadáver, á pesar de una fuerte lluvia, á su última morada. La dilatada procesión desfiló por las calles de Plateros, San Francisco, Santa Isabel y la Mariscalá, hasta San Fernando. El Sr. Lic. D. Ezequiel Montes, profunda-

mente conmovido, pronunció una oración fúnebre, digna de su elocuencia y digna del gran le hombre á quien se consagraba. Los restos del Sr. Ocampo están depositados frente al sepulcro que guarda los de D. Miguel Lerdo de Tejada, el pasillo que conduce del primer patio al segundo.

* *

¿Para qué decir el duelo de Michoacan al saberse allí que el padre de la juventud, que el filósofo, que el benefactor había dejado de existir?

En todos los pueblos se hicieron honras fúnebres á su memoria.—Gabino Ortiz produjo, en las que se verificaron en Morelia, la magnífica y sentida elegía que todos conocemos; la Legislatura decretó el 17 de ese mes que el Estado llevase el nombre de Ocampo y que fuese día de luto el 3 de Junio, conmemorándose cada año el día aciago que nos arrebató al más ilustre de los michoacanos.

Muchas poblaciones de la República llevan también el nombre del mártir.

ces de obrar por sí, se reconocen pupilos, confiesan que aún no son hombres. Hacedlos depender del Rey su amo.

Se necesita un fordo generoso, una gran veneracion por la justicia y cierta abnegacion, para reconocer todos los beneficios y confesarlos en toda su magnitud.

PENSAMIENTOS DE OCAMPO.
 ¿Hasta cuándo llegará el día en que se aprecie más al hombre que enseña que al hombre que mata?

¿Quereis ser independientes? Aprended, trabajad, economizad. ¿Quereis que México lo siga siendo? ¡Unios!

El siguiente párrafo de una carta suya, pinta la integridad del hombre político:

Como me explicó de plano Comonfort que la revolucion seguía el camino de las transacciones y como yo soy de los que se quiebran pero no se doblan, dejé el ministerio. La casera pedía las llaves y yo, que me encontraba sin título para retenerlas, las entregué. Dudo mucho que con *apretones de mano* como Comonfort me dijo que había apaciguado á Mé-

xico y se proponia seguir gobernando, pueda conseguirlo, cuando yo creo que los *apretones* que se necesitan son de pescuezo. El tiempo dirá que se engañaba.

“Muy difícil es completar la biografía de una persona que, como el Sr. Ocampo, sufrió en la vida grandes vicisitudes y que procuró casi siempre ocultar los actos más interesantes de su conducta siempre leal, siempre humanitaria.

“Para añadir algo siquiera á los apuntes biográficos que se han trazado, ha sido necesario recoger de algunos de sus amigos íntimos noticias conservadas en la memoria, como gratos recuerdos de aquel hombre magnánimo, noticias preciosas, que si no bastan á completar su historia, sirven al ménos para dar una idea más perfecta de aquel carácter tan severo en el cumplimiento del deber, como dulce y sensible frente á la desgracia. En el Sr. Ocampo era tan profundo el sentimiento de la justicia, que era el primero en castigarse cuando por un arranque apasionado ó por involuntaria error no la arribaba.

“En prueba de ello, vamos á referir un episodio conmovedor. Hacia principios del año 1860, las necesidades de la situación política obligaron al Sr. Juárez á dar mayor ensanche á su administracion. Al efecto, el Sr. General

D. Santos Degollado fué nombrado Secretario de Relaciones Exteriores. Presente dicho Sr. en Veracruz, conversaba sobre sus campañas y entretenia al Sr. Ocampo, refiriéndole detalles curiosos ó interesándolo en favor de muchos de los buenos patriotas que en la campaña se habian hecho notar por su valor ó por su patriotismo.

Tozó su turno á un jefe de origen español, apellidado Bravo: el Sr. Degollado lo consideraba como á un héroe, y se extendió en referir de él tantos actos de abnegacion, de valor, de lealtad y de sencillez, que en efecto, Bravo aparecia como un hombre extraordinario. En aquella época de extrema penuria para las tropas constitucionalistas, Bravo jamás pedia un solo real en cuenta de sus haberes, y cuando algo recibia, que siempre era bien poco, lo repartia entre sus compañeros más necesitados. Conociendo ese desprenderse el General Degollado, tenia que cuidar de que no le faltase ropa: el empeño del general era inútil; repentinamente Bravo aparecia sin camisa ó sin capa porque habia destrozado la una para vendajes que servian á un herido, y cubierto con la otra á un amigo afectado de frio ó á un soldado enfermo.

Bravo se alimentaba del rancho de la tropa, las más veces, sufría la fatiga de la guerra con extraordinaria fuerza de voluntad, era el

primero en el peligro, prodigaba su vida en los combates, y en el asalto dado á Guadalupe en 1858. Bravo fué quien primero apareció sobre el parapeto disputado por el enemigo, y quien primero penetró á la plaza y al palacio hasta arriar la bandera reaccionaria que se apresuró á presentar como trofeo al general en jefe.

“Pues bien, este Jefe ilustre, antes de emprender su gloriosa carrera al lado del Héroe de Michoacán, habia sido presentado en Guadalupe al Sr. Ocampo quien le hizo un recibimiento áspero hasta la crueldad. La causa de esto era, que por regla general, el Señor Ocampo sentia extremo desagrado de que los extranjeros tomasen parte como soldados en nuestras luchas civiles.

“Cuando oyó de boca del Sr. Degollado la conducta observada por Bravo, y de la cual apenas hemos dado idea en las líneas que anteceden, el Sr. Ocampo reprimió la espansion con que siempre amenizaba sus conversaciones familiares; y cuantas personas le acompañaban en la mesa pudieron advertir que se hallaba contrariado hasta el disgusto. Apenas levantados los comensales, el Señor Ocampo entró silencioso á su gabinete y se puso á escribir. Era lo que escribia una carta dirigida á Bravo, dándole satisfaccion por la manera ruda con que lo habia recibido en